

Michael Parenti

La política de la cultura¹

(Fragmento)

En las Ciencias Sociales académicas a los estudiantes se les enseña a pensar en la cultura como algo que representa las costumbres, los valores y las prácticas acumuladas por una sociedad, incluyendo su lenguaje, su arte, sus leyes y su religión. Esta definición suena muy bonita y neutral, pero la cultura es cualquier cosa menos neutral. Es algo más que nuestra herencia común, que el aglutinador social de nuestra sociedad. El pensador social del siglo XVIII, Edmund Burke, se refería a ella como el vínculo imponderable de consenso que mantiene unida a una sociedad. Pero la cultura además de ser un campo de consenso también lo es de conflicto. Mientras que algunos de sus atributos los comparten prácticamente todos los miembros de la sociedad, en otros no ocurre así.

Muchas costumbres operan en beneficio de algunas personas en particular y en perjuicio de otras. En otras palabras, la cultura frecuentemente es algo que envuelve privilegios y desigualdades.

En el siglo XIX los alemanes acuñaron la palabra *Kulturkampf*, que con el tiempo pasó a la lengua inglesa, y que literalmente significa “lucha de la cultura”.

Se refería a los conflictos entre la iglesia y el Estado por el control de la educación. Hoy día en los Estados Unidos hablamos de “guerra de culturas” para describir como segmentos de la cultura norteamericana se han convertido en áreas de conflicto político.

La cultura no es una fuerza abstracta que florece en el espacio y se posa sobre nosotros, aunque dadas las formas aparentemente subliminales en que nos influye, a menudo nos podría parecer algo ubicuo e incorpóreo.

En resumen, nosotros recibimos nuestra cultura a través de una estructura social, de una red de relaciones sociales que implican a otros grupos primarios, tales como la familia y otras asociaciones comunitarias o, como es cada vez más frecuente, mediante instituciones formales como las escuelas, los medios de información, las agencias de gobierno, los tribunales, las corporaciones, las iglesias y el ejército. Ligadas por compra o por persuasión a los intereses de los que dominan la sociedad, estas instituciones sociales se presentan de manera engañosa como políticamente neutrales, en especial por parte de los que ocupan posiciones de mando dentro de ellas o se benefician de las mismas.

¹ Parenti, Michael. “La política de la cultura”. En: *La batalla de la cultura*. (2009). La Habana: Editorial de Ciencias Sociales. pp. 5-8

Mucho de lo que llamamos “nuestra cultura común” es realmente la transmisión selectiva de los valores de la élite dominante. Una sociedad construida sobre el trabajo de esclavos, por ejemplo, desarrolla rápidamente una cultura de autojustificación de la esclavitud, con sus propias leyes racistas, su ciencia, su mitología y sus predicamentos religiosos. De igual manera, una sociedad basada en las grandes corporaciones privadas desarrolla unos valores y creencias que presentan el sistema de los negocios como el modo óptimo y natural de organización social. Antonio Gramsci entendió todo esto cuando habló de hegemonía cultural, señalando que el Estado es solo “el refugio externo tras el cual se encuentra un poderoso sistema de fortalezas y trincheras”², una red de valores culturales e instituciones que normalmente no están pensadas como políticas, pero que sí lo son por su impacto.

Algunas partes de la cultura pueden ser compuestos neutrales de prácticas acumuladas, las “aglutinadoras de las relaciones sociales”, pero otras a menudo chocan con los verdaderos intereses de la sociedad.

Cuando pensamos en “nuestra cultura común”, tendemos a disculpar tanto las divisiones de clase como las diferencias culturales que existen. Si la cultura define a un pueblo, a una sociedad, a una nación, ¿en qué grupo de gente y en qué subcultura dentro de esa nación estamos pensando? Los esclavistas y los abolicionistas en los Estados Unidos, durante gran parte del siglo XIX, adoptaron valores culturales que eran significativamente distintos unos de otros, como ocurrió con los defensores de la supremacía masculina y las sufragistas femeninas.

² Antonio Gramsci: Selections from the Prison Notebooks, editado por Quinton Hoare y Geoffrey Novell-Smith, Internacional Publishers, Nueva York, 1971, p. 238.